

sistema bicameral —una «cámara del pueblo» y una «cámara del estado»— sería la traducción a gran escala de las dos cámaras que generalmente se utilizan aún en los estados europeos, la de los comunes y la de los lóres, o la asamblea y el senado. Pueblo y «notables»: ciertas formas aristocráticas que sobrevivieron a la Revolución francesa.

EL punto más negativo de este documento optimista está todavía en las cuestiones de defensa. Mal podrá Europa —esta Europa— coordinar su industria de armamentos, crear un pensamiento táctico y estratégico común, unificar su esfuerzo de presupuesto militar, pero será más difícil que salga de su sistema de alianzas. En otras palabras, no es previsible que la OTAN haya desaparecido de aquí a diez años: todo lo más habrá cambiado de nombre o de forma. Ni es previsible que los Estados Unidos hayan cesado de ejercer su hegemonía. Por el contrario, en estos precisos momentos estamos advirtiendo una nueva atención de Estados Unidos sobre Europa, que supone un regreso a lo «seguro» cuando le están fallando otras ramas imperiales. Es previsible a un plazo mucho más largo que los Estados Unidos cesen de ser imperiales (está incluso en la vocación de muchos de sus ciudadanos, de muchos de sus pensadores y de sus políticos), y es previsible también que una extensión del concepto de Europa llegue a hacer innecesarios los grandes pactos militares: pero con una gran lejanía y tal vez después de acontecimientos mayores. Son temas que «están en el aire», como el de la disminución de presiones de la URSS sobre los países de su área (movimientos como los de Hungría, Polonia y Checoslovaquia, aun tan diferentes entre sí, son precursores), y como el de la modificación de su régimen interior, como consecuencia de una voluntad propia y hasta de sus principios básicos de 1917. La «destalinización», que comenzó en el XX Congreso, aún sin desarrollar y sin extraer de ella toda su enorme riqueza, es también un signo precursor. El régimen soviético se adecuó a unas condiciones de vida en su propio país y en el mundo en torno, con tal fuerza y tal acierto, que las modificó (el paso de estado medieval a superpotencia, la rotura del cerco mundial) y parece por lo lógico que produzca, y está produciéndolas, las modificaciones necesarias para adecuarse a la sociedad nacional e internacional que ha creado. La conferencia paneuropea, que este verano debería llegar a su final en Helsinki, con la reunión de 35 naciones que forman toda Europa (las exclusiones son mínimas e inoperantes; no así la participación extraeuropea de los Estados Unidos, que es de mucho peso), es un embrión de algo más lejano. Saldrán de ella algunas instituciones —sobre todo, un secretariado permanente—, que habrán de crear ese futuro.

SIN esta condición de la ampliación del concepto de Europa, la fase de los «Estados Unidos» de nueve naciones y de las que se sumen o acepten de alguna forma el compromiso, no alcanzará indudablemente todo su valor histórico. Y el optimismo del final de las largas guerras intraeuropeas no será más que un espejismo, mientras permanezca la posibilidad de enfrentamientos armados entre lo que llamamos Europa del Este y Europa del Oeste.

NO habría que excluir totalmente la posibilidad de esos enfrentamientos. Hace solamente quince, veinte años, parecían a punto de producirse. Las condiciones han mejorado considerablemente, pero no se han disipado del todo, e incluso un renacimiento de la guerra fría, que se está percibiendo en estos tiempos —como consecuencia de la antes citada reimplantación del esfuerzo imperial de los Estados Unidos, y también por una serie de agitaciones sociales, consecuencia de unas crisis políticas—, nos pueden llevar a cualquier forma de paroxismo. No parece, de todas formas, que pueda prender este espíritu negativo. Estaría en contra de lo que algunos llaman «la corriente de la historia», o «el sentido de la historia», que en términos menos metafísicos se puede plantear de otra manera: las poblaciones europeas no están en clima de guerra, ni hay mentalidad de guerra. Probablemente la guerra «resolutoria» —según algunos—, que se habría debido producir como culminación de la anterior «guerra fría», no llegó nunca a ser una realidad, porque, a pesar de la enorme propaganda bélica que se hizo entonces, las poblaciones se resistieron. Hay que darle mucho más valor del que habitualmente se da en las consideraciones acerca de ese período a los movimientos pacifistas europeos: tuvieron un peso real. Esta posible segunda guerra fría, que se está manipulando, probablemente no podrá prevalecer más que en algunos procesos de retraso histórico puramente locales: pero finalmente habrá de redundar en perjuicio —en desprestigio— de quienes tratan de implantarla. ■



El fondo político de la campaña contra Indira Gandhi parece ser un intento derechista de impedir las reformas sociales proyectadas por el partido en el poder.

INDIA

Peligro de guerra civil

● Amenazada con la pérdida de su escaño electoral por un proceso de corrupción, lo cual supondría la pérdida de su cargo de primer ministro y el final de su carrera política, Indira Gandhi ha respondido con el estado de excepción y la suspensión de garantías constitucionales: encarcelamiento de los dirigentes de la oposición —hasta setecientas personas han sido detenidas—, cierre de periódicos, censura... Indira Gandhi había advertido al pueblo que habría que realizar sacrificios «con el fin de proseguir la marcha del país hacia el progreso».

El tema comenzó por una denuncia hecha ante un tribunal local por el dirigente socialista Ray Nair, según el cual Indira Gandhi había obtenido su escaño en las elecciones de 1971 utilizando la fuerza del gobierno y por medios reprimidos por la ley: la denuncia prosperó, y el tribunal falló contra la primer ministro. Elevó ésta recurso ante el Supremo, pero se planteó un conflicto jurídico político: los enemigos de la señora Gandhi pretendían que ésta debía abandonar el poder, obedeciendo la sentencia del tribunal local que la condenaba a seis años de suspensión de toda función pública, mientras ella insistía seguir siendo primer ministro hasta que el Supremo fallase. El partido del Congreso —el suyo, en el poder— apoyó la posición de Indira Gandhi, entendiéndolo que el juez que había fallado solamente había hecho constar irregularidades menores. Los partidos de la derecha se sumaron al socialista en su actitud contra Indira Gandhi. No así el partido comunista, que considera que se trata de una maniobra de la derecha contra las reformas sociales que pretende el

partido en el poder. Es la misma tesis que sostiene Moscú. «Pravda» comenta el hecho en el sentido de que «los grandes propietarios agrarios y los monopolios capitalistas, amenazados por las reformas progresistas del gobierno actual» son los autores de la maniobra. La amistad profunda entre la India dirigida por Indira Gandhi y la Unión Soviética es uno de los hechos básicos más importantes en el Asia de hoy, en contra de las presiones de China y de los Estados Unidos —que por esta razón estuvieron juntos en el bando del Pakistán en la guerra de éste con la India por la cuestión de Bangla Desh—. Los testimonios y las encuestas realizados ante el Tribunal Supremo, que debía dar una sentencia definitiva el lunes, hicieron ver a los autores de la acusación que Indira Gandhi iba a ser absuelta con todos los pronunciamientos favorables, y quisieron adelantarse con un movimiento de huelgas, disturbios y una campaña de resistencia civil; una serie de acciones graves que han forzado a Indira Gandhi a esta discutida respuesta de la declaración del estado de excepción.

El fondo político es, en efecto, una campaña conducida por la derecha, por el Frente Popular (que en la India está formado por movimientos de derecha) contra una serie de disposiciones favorables a las grandes masas víctimas de la pobreza aumentada por la sequía. Los comunistas marxistas —independientes del partido oficial— y los maoístas se suman a la campaña. Parece, sin embargo, que Indira Gandhi tiene la suficiente popularidad como para salir adelante. Sin embargo, su llamamiento a las masas puede ocasionar situaciones de guerra civil, siempre graves en un país corroido por la miseria. ■